

LA CLASE MEDIA EN *BAILE Y COCHINO*

DE JOSÉ TOMÁS DE CUÉLLAR

Ezequiel Maldonado*

Fue José Tomás de Cuéllar un niño héroe vivo que defendió en 1847 el Castillo de Chapultepec ante la agresión norteamericana. A este bautizo de fuego le siguieron la guerra de los tres años, la intervención francesa, las luchas internas y el periodo de la República Restaurada (1867-1876). En la Pax porfiriana escribe su obra mayor, con su nombre o bajo el seudónimo de Facundo. Animador de veladas literarias y promotor de la literatura nacional, Cuéllar impulsa la profesionalización de su gremio y obtiene algo inusitado en esa época: cobrar sesenta pesos por su comedia *Natural y figura* (1866). En la moda de folletines y novelas por entregas publica en 1869 *El pecado del siglo*. Este literato de elevados vuelos fomenta la descentralización de las letras, frente a un creciente poder político centralizado, al editar en San Luis Potosí en 1869 *La ilustración Potosina* (Semanario de literatura... poesía... modas y avisos). En una época de proyecciones luminosas, 'sombras chinas', del praxinoscopio-teatro, y del kinetoscopio, Cuéllar escribe una serie de novelas donde 'capta personajes' a la luz de 'su' linterna mágica, mientras Hilarión Frías y Soto, al través de una 'luz muy fuerte', recrea su *Album fotográfico*. La fuente de iluminación de ambos escrito-

* Area de Literatura. Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco.

res será la lámpara de aceite, el quinqué, o una simple vela: de ahí el predominio del blanco y negro en sus imágenes, los contrastes, los medios tonos. Hoy un autor como José Tomás de Cuéllar es prácticamente desconocido entre las nuevas generaciones; sin embargo, los grupos sociales económicamente más favorecidos de su época –burguesía, pequeño burguesía y capas medias– conocían y valoraban de manera positiva la producción dramática y literaria de Facundo. Era una etapa aún muy inestable con predominio de traiciones y asonadas, guerras e invasiones; un pueblo cansado de tanto ‘borlote’ exigía paz y fortaleza de las instituciones republicanas. La pax porfiriana colma las aspiraciones de las clases dominantes pero agudiza serias contradicciones que estallarán a principios de siglo. Entre estas etapas y a finales del siglo XIX se proyecta la obra de Cuéllar.

El reconocimiento de una obra artística se enfoca desde un ámbito cultural y literario, inmerso en determinados gustos y preferencias estéticas. El proceso de institucionalización, el ‘pleno’ éxito de la obra definido por su publicación en otros países y la traducción a otros idiomas de hecho prefigura síntomas declinatorios, sin que sea una regla. Aunado a estas condiciones ‘naturales’ un nuevo grupo literario, con una reciente moda estética, descalifica o cancela a la narrativa anterior. Este novedoso movimiento se constituye y se fortalece contra lo que antecede, dependiendo de la etapa de institucionalización en que se encuentre el ‘viejo’ proyecto. Estos paricidas borran todo vestigio de la ‘antigua’ narrativa y se erigen como inauguradores de una nueva tradición.

En el caso de autores del siglo XIX como Cuéllar ¿son válidos los asertos anteriores? ¿Es su presencia en manuales e historias de la literatura, donde se registra su existencia y transitoriedad en fichas biobibliográficas que ocupan un párrafo, auténticos

epitafios? ¿Qué medidas tomar frente al huracán de la posmodernidad que convierte en estatuas de sal a los que miran hacia atrás y descalifica a otros llamándolos emisarios del pasado? La supuesta originalidad de best sellers condimentados con una cucharada costumbrista, y aderezados con una pizca de romanticismo, verdaderos cocteles, hoy devienen atractivas mercancías que se adecuan a leyes de la oferta y la demanda. ¿O será la investigación de manuscritos, diarios y revistas de la época, tareas para especialistas y la cátedra universitaria?

¿Son “clases medias” las capas sociales que retrata Cuéllar en su obra? Para Guillermo Prieto, amigo y prologuista de Facundo, no hay duda: son los sectores intermedios que se rozan con la ‘clase ínfima y la alta’. Esta opinión la comparten críticos y escritores de esa época y aún de la nuestra, y pareciera no existir la menor duda respecto a la presencia de estas “clases medias” en las novelas de Facundo. No compartimos del todo con dichas aseveraciones y expresamos más adelante un punto de vista particular. ¿Cuéllar inaugura una tradición al enfocar su lente de sombras chinas a estos sectores urbanos? Creemos que sí. Será Cuéllar quien recree la personalidad y características de estos sectores urbanos. Sus protagonistas pertenecen a la pequeña burguesía en transición que está impulsando la transformación del país, la que ha tenido el privilegio de asistir a la escuela y, a decir de Justo Sierra, quienes “tenía(n) lleno de ensueños el cerebro, de ambiciones el corazón y de apetitos el estómago...”. El positivismo fortalecerá los sueños y ambiciones de estas clases en ascenso.

En este marco social con ideas de progreso a toda costa no será difícil que Cuéllar y sus contemporáneos se afilien a la estética del romanticismo, con adaptaciones, matices y divergencias del francés representado por Víctor Hugo. En México, esta

modalidad, importada de España, se llamará costumbrismo con una primera omisión: el grotesco. Mariano José de Larra y Mesonero Romano serán influencias determinantes en el costumbrismo de Cuéllar.

Las novelas de Cuéllar agrupadas bajo el nombre genérico de *La linterna mágica*, escritas entre 1871-1872 (1a. época) y 1889-1892 (2a. época), se insertan en una etapa peculiar de la historia mexicana: el porfiriato y en una corriente de pensamiento que domina la época, el positivismo. Porfirio Parra, discípulo de Gabino Barreda, intelectual en crisis cíclicas ante un pasado indígena “que aborrece”, un presente aún turbulento y un futuro sin perspectiva, percibe agudas contradicciones sociales y “... encontrados caracteres, propios de las épocas de crisis, (...) teatro de desencadenada tempestad, que destrozar amenaza las delicadas flores de la moral...”¹ El disfrute del ocio permite a estos intelectuales orgánicos tales divagaciones y, por ende, una crisis existencial permanente. Coartada eficaz que reivindica riquezas acumuladas por la clase en el poder y su vínculo con el ocio: virtudes que propician una adecuada atmósfera moral y “ hace(n) posible que (el poderoso) pueda pensar en el bien de la humanidad; el ocio hace posible que el rico pueda preocuparse por el presente y el futuro de otros”. Los ‘otros’ son los mendigos, los pelados, los sin techo: los pobres. Su visible presencia en ese “teatro de desencadenada tempestad” permitirá la práctica altruista, la realización de obras de beneficencia, la distribución equitativa de la riqueza... sobrante.

No bastan estos discursos, se requiere una ‘Teoría del orden social’ entre cuyos preceptos destaquen las relaciones entre su-

1. Cit. por Leopoldo Zea. *El positivismo y la circunstancia mexicana*. México, FCE-SEP, 1985. p. 154. (Letras mexicanas 81) México, Siglo XXI-UNAM, 1985, p. 39.

periores e inferiores. Una teoría que determine el lugar que ocuparán los hombres en sus respectivas relaciones sociales: a unos les corresponderá dirigir y a 'los otros' obedecer; estos 'otros' o inferiores no poseerán sentimientos más elevados que los de venerar y sentir gratitud hacia los benefactores de la humanidad. La teoría del orden social, en su práctica, se combina con el cabildeo nacional e internacional. Condecoraciones, premios, adulación sin límite hacia el benefactor principal y amigo de los obreros mexicanos, Su Majestad Porfirio Primero.

Estamos pues inmersos en una concepción del mundo que se desplaza a lo largo y ancho del territorio mexicano, que se ubica en un medio social determinado: una conciencia social opresora con una teoría medianamente armada, con préstamos comtianos, justificatoria del orden establecido al través de "mecanismos prácticos de autoafirmación (...) mientras que la conciencia social de los oprimidos está enfrascada casi permanentemente en una conducta sumisa ante una situación considerada como ajena e inmutable".² Dos visiones del mundo, dos percepciones vitales distintas, aparentemente, pero que tienden "a concentrarse en torno del estilo de vida de la clase dominante en forma supeditada".

Ya desde la época del joven novelista Juan Díaz Covarrubias existen inquietudes sobre la presencia de las clases medias en la sociedad mexicana. En su novela *La clase media* (1858) Díaz Covarrubias describe a 'una clase media virtuosa pero sin esperanza' y, a decir de Brushwood, en esa novela se da la impresión de que la salvación de México depende de que se rescate a la clase media. Esa aspiración, 'el rescate', será un *leitmotiv* de

2. Ciro F. Cardoso et al. *De la dictadura porfirista a los tiempos libertarios*. Tercera edición. México, Siglo XXI-UNAM; 1985. p. 39.

los regímenes posrevolucionarios e instrumento ideológico para preservar la estabilidad del capitalismo mexicano.

En el prólogo a la edición española de *La linterna mágica* Guillermo Prieto caracteriza al México de fines del siglo XIX como una 'sociedad en formación' y la estratifica en tres niveles: "... en la clase ínfima los hábitos son repelentes y difíciles de sacarse a luz, aun embellecidos por el arte; en la clase media impera la anarquía y se verifican transformaciones constantes; y la clase alta se compone de agregaciones variables, muy difíciles de caracterizar".³ Metido a sociólogo, Prieto define adecuadamente a la sociedad mexicana 'en formación' de su época y a una 'clase media (donde) impera la anarquía y se verifican transformaciones'. Un estudio reciente sobre la novela latinoamericana del siglo XIX destaca a los personajes de Cuéllar como miembros de "una clase media baja de la Ciudad de México".⁴ Caracterización que revela la ausencia de rigor pero también la dificultad en el análisis de capas sociales inestables, transitorias y declinantes.

Angel Rama, en un extenso y documentado estudio, resalta la presencia de una clase media que ha ido formándose bajo la divisa porfirista 'poca política y mucha administración' y que "... esa misma divisa regía el crecimiento discreto de la clase media que, durante un largo y oscuro período de fines del XIX, se amparó de las posibilidades de desarrollo que concitaba la paz porfiriana".⁵ Rama se apoya en la célebre entrevista que Porfirio Díaz concede a James Creelman en 1908 y donde el

3. Prieto, Guillermo "Prólogo a la edición de la Segunda Epoca de la Linterna Mágica" en *La ilustración Potosina*, Segunda Edición (facsimilar) México, UNAM, 1989. p.143.

4. Brushwood, John S. *La barbarie elegante*. México, FCE, 1988, p. 25.

5. Rama, Angel. *Literatura y clase social*. México, Folios Ediciones, 1983. p. 154.

viejo militar e improvisado sociólogo, a decir de Rama, caracteriza a una 'naciente' clase media. "México tiene hoy clase media, señala Díaz, lo que no tenía antes. La clase media es, tanto aquí como en cualquier otra parte, el elemento activo de la sociedad. Los ricos están siempre harto preocupados con su dinero y dignidades para trabajar por el bienestar general (...) y los pobres son ordinariamente demasiado ignorantes para confiarles el poder. La democracia debe contar para su desarrollo, con la clase media, que es una clase activa y trabajadora, que lucha por mejorar su condición y se preocupa con la política y el progreso general".⁶

En esa 'sociedad en formación', mencionada por G. Prieto en referencia a la inestabilidad de capas y sectores sociales, las dudas se acrecientan cuando un historiador, De la Torre Villar, caracteriza la heterogeneidad de la población urbana y rural del porfirato "... pero distingúfase ya la clase media. Con diferencias económicas notables, la clase media constituía la mayor parte de la burguesía mexicana y de ella provenía en su mayor parte el sector ilustrado, los intelectuales que tenían grandes ambiciones de mejoría social y económica (...) La clase media obligada a la convivencia, realizaba esfuerzos increíbles para aparentar una situación bonancible y merecer el calificativo de 'decente'".⁷ Ante aplastantes evidencias no cabría sino aceptar la presencia de esas 'clases medias' como un hecho irrefutable, tanto en la literatura como en nuestra historia.

Andrés Molina Enríquez tiene una opinión distinta. En principio, niega la existencia de dichos sectores. "... no existen en nuestro país las clases medias propiamente dichas, es decir, cla-

6. *Op. Cit.* p. 153.

7. De la Torre Villar, Ernesto. "México en vísperas de la revolución" en *Revista de la Universidad de México* (México DF) Noviembre de 1986. p. 19.

ses medias propietarias, pues los *mestizos*, *directores*, *profesionistas*, *empleados* y *ejército*, no son en suma sino clases que viven de las trabajadoras, y por lo mismo privilegiadas también. Los *mestizos rancheros*, son los únicos que pudieran llamarse clase media, aunque son en realidad, una clase baja trabajadora. Clases medias propiamente dichas, no existirán hasta que la división de las haciendas, ponga un grupo numeroso de mestizos pequeños propietarios, entre los extranjeros y criollos capitalistas, y los rancheros e indígenas de las clases bajas”.⁸ Similar posición maneja el sociólogo norteamericano Nathan L. Whetten que ubica la aparición de las ‘clase medias’ bajo el impacto revolucionario y las diversas reformas sociales que de éste surgieron.

Especialistas en la obra de Cuéllar como Belem Clark verificarán la pertenencia de los diversos protagonistas a la clase media o a la media baja. En el caso específico de *Baile y cochino* considero que los personajes se afilian propiamente a la pequeña burguesía en transición. El coronel, anfitrión de la célebre fiesta, no habita un modesto hogar clasemediero: un corredor con macetas, ‘ante sala y comedor donde permanecen los hombres’, sala y una pieza contigua a la sala; en los ‘dominios de la cocinera (permanece) una tribu de fregatrices’. Las tres niñas “que se bañaban en la *Alberca Pane* los más días, porque las tres lo necesitaban (y) los tres novios que también se bañaban en la *Alberca Pane* sin necesitarlo”. Ninfas y tritones abordaban los ‘carros de verano del *circuito de baños*’ en su ruta a la *Pane* como podrían hacerlo las familias ‘decentes’ de la época: los Díaz o los Limantour. Si bien Cuéllar describe los ‘apremios’ de estas tres niñas ‘pobres’ ante las exigencias de la

8. Molina Enríquez, Andrés. “Las clases sociales mexicanas durante el porfiriato” en *Ensayos sobre las clases sociales en México*. Segunda Edición. México, Editorial Nuestro Tiempo, 1970. pp. 67-68.

moda, sus aficiones no son propiamente capamedieras. Otro personaje que describe Cuéllar minuciosamente es Venturita: calza botitas a la última moda, coloca una de ellas “sobre el mármol de su tocador, dejándose caer sobre una góndola de seda encamada...”. Venturita no tiene necesidad de trabajar, posee una cuenta de crédito en *La Sorpresa* gracias a la bondad del cuñado.

Cuando Don Justo Sierra califica como burguesía a oficiales y periodistas, tribunos y ministros liberales vencedores en la Reforma Constitucional del país, y los delimita bajo el concepto “Clase media de los Estados”, amén de trasladar mecánicamente un concepto forjado en Europa, se está refiriendo a esa pequeña burguesía en transición que bajo la sombra del porfiriato alcanzará un elevado desarrollo. Sectores que se les ha dado la “denominación económica de pequeña burguesía” y que incluyen a estos oficiales y periodistas, “a los pequeños capitalistas de la ciudad y del campo que viven principalmente de explotar, en escala reducida, el trabajo ajeno y *no de su propio trabajo*”.⁹ Recuérdese que en esa etapa la industrialización no llegó a ser un componente principal en el crecimiento de las fuerzas productivas nacionales lo cual repercute en una estructura social mucho más heterogénea que la de hoy.

En *Baile y cochino...* los protagonistas no sólo imitan de manera grotesca las costumbres burguesas –bailables como las *polkas* y *danzas*, atuendos del tipo *salida de teatro* y tápalos, y las modas de la época: jaulas de varas y cintas ‘para abultar a las señoras’– sino todo el convencionalismo social dictado por el Carreño de su época en su Manual de Urbanidad y buenas cos-

9. Fernando Carmona “Propósito y despropósito de la ‘clase media’ mexicana” en *Estrategia* (México DF) Enero de 1976, p. 50.

tumbres; con la 'sutil' diferencia en la calidad de los bienes materiales y el 'refinamiento' propio de los sectores poderosos. Varios de los invitados son 'rentistas' y niñas y señoritas viven a costa de señores de elevada posición social. Las 'clases medias' a que alude Porfirio Díaz poseerían cierto nivel educativo, conocimiento técnico o capacidad administrativa, atributos de los que adolecen pollas y pollos de *Baile y cochino...* esmerados en una extrema frivolidad, un acentuado arribismo y un manejo de las apariencias hasta que 'muestran el cobre'. El desarrollo del capitalismo en nuestro país requiere de esa fuerza de trabajo calificada que, en el porfiriano, resulta muy escasa y que está principalmente en manos de técnicos y administradores extranjeros. Con la Revolución de 1910 se destraban las amarras que propician un elevado desarrollo del capitalismo en nuestro país.

Cuéllar en *Baile y cochino...* recrea un atmósfera inusitada para su época, un auténtico reventón que está a punto del degenerar; pero, al final, el autor 'reprime' su pluma y enmienda los malos pasos que lo arrastran al vacío. Prevalece una concepción del mundo, su mundo, que lo inhibe y le impide tales excesos; también está alerta el magisterio de los Altamirano y Ramírez que pacientemente han predicado las bondades de la literatura didáctica, no la del relajo. Está fresca aún la tinta con que Altamirano escribe sobre la inmensa utilidad de la literatura y de "sus efectos benéficos en la instrucción de las masas". El secante delinea los últimos rasgos donde señala el fondo virtuoso de la literatura ya que "Lo contrario hace mal, corrompe a una generación y la hace desgraciada, o por lo menos impulsa a cometer desaciertos que son de difícil enmienda".